

La esencia, la virtud, ¿tú por ventura
Le adoras? No en el nombre solamente
Se funda la piedad. Si reverencias
A Dios, cual es reverenciarle debes:
De otra manera, á tu cerebro adoras.
Ved el poder de la razón. De dioses
Inundada la tierra. De principios
Llenas las sectas: divididas todas
En señalar la potestad del Ente,
Su término, su sér. Esto ¿qué indica?
Inclina al hombre la virtud: de gozo
Baña su frente en téatral engaño
Si el virtuoso, aunque fingido, triunfa.
Ve la malicia su malicia en otros,
Y los mormura. La conciencia admite
El sentimiento á su ejercicio impuesto.
En tanto el hombre, la virtud loando,
Vive en los vicios. A su hermano engaña
El que se enoja si á engañarle llegan.
Roba el ladrón, y mata vengativo
Al compañero que sus hurtos roba.
Sofista oscuro, tu soberbia humilla,
Y retratada en mil varones sabios
Ve tu fragilidad: si reconoces
En ellos tu razón, los extraviados
Que van con ella; á la piedad traslada
(Si de ella sabes) el suceso mismo.
Inclina al hombre el sentimiento santo (1)
Que á la sublime adoración le guía:
Sigue el impulso, erige los altares:
Pero en el punto de poner sobre ellos
De una deidad el bulto ó simulacro,
Tuere el destino, y en la basa apoya,
En vez de un dios, una serpiente inmunda,
Un rudo bucy ó un vil facineroso.
Sócrates, tú el resuelto, el que igualmente
A los supersticiosos perseguiste,
Que á los sofistas y habladores vanos,
Responde: en juicio al Arcopago (2) arrastra
Tu persona Melito. Las deidades
En quien sus esperanzas deposita
La ciudad, mofa Sócrates, y á solas
A extraños larcs en su casa incienso:
De impio le acuso, Satisfaga al cargo,
O sin tardanza la cuenta beba.
¿Cuál es tu excusa? «La Deidad, oh jueces,
Aunque una sola, en semejanzas varias
Al culto humano presentarse puede;
Mas no, alterada su inefable esencia,
En ridículos entes colocarse.
El cierto culto, pues á Dios se ofrece,
Negocio es suyo el prescribirle. Cosas
A Dios pertenecientes, á él tan sólo,
Que en sí las tiene, declarar es dado.
Por medio cuál comprenderá á lo inmenso
Lo limitado en cárceles caducas?
Mi genio...» A la cuenta: al pueblo niega
La potestad de reprobar los dioses
O aprobarlos al culto. La malicia
Triunfó en fin. Murió Sócrates á instancia
De la superstición. Pero si el cielo
Segunda vez en nuestro siglo el sabio
Restituyera al mundo; si resuelto,
Si doctamente sincero, cual ántes,
Ante algun Gorgias de la edad presenta
Lo que ante el Areopago disputara;
Si á Dios fiara la noticia cierta
De lo que es su deidad, esperanzado
De saberlo por él, bien convencido
De la angostura de su juicio; ¡pobre,
Pobre Sócrates! presto á la cuenta
Le llevarán incrédulos Voltaires,
Cual crédulos Melitos en su tiempo.

(1) Ni ménos el culto verdadero.

(2) Los que se llaman filósofos, no ménos fanáticos en sostener sus opiniones que el vulgo sus creencias vanas.

DISCURSO III.

Corrupción del hombre.

¡Oh vosotros, espíritus agudos,
De atinada razón y juicio entero,
Profetas enviados á la tierra
Para enseñarla y reformarla en todo!
Vuestro iniciado soy, catequizadme.
Hé aquí ya desechados los despojos
De mi primera educación: al templo
De la razón me acodo, suspendiendo,
Con voto á la verdad, en sus columnas
Sentencias y opiniones adquiridas.
En el falso comercio de los hombres.
Yo debo el sér á otro poder, y debo
Sujetarme á las leyes que conyugan
Al orden que me dió la excelsa mano,
La bestia solitaria, las que imitan
La humana sociedad en sus catervas,
La ave que rompe el invisible velo
Del líquido elemento que nos ciñe,
Los entes todos que á formar conspiran
La enlazada república del mundo,
Diversos todos en obrar, mantienen
El orden singular que les es dado
Constantemente, y como el ciego signo
La senda de la mano que le guía.
Si yo también entre los entes tengo
Asiento señalado, y mis acciones
Conspiran á algun fin, aquí os invoco:
¿Cuál es el orden de mi esencia? ¿cuáles
Las leyes que á mi término me llevan?
«Ejerce la virtud, y á un Dios adora.
Mas ¿quién me guiará? Mas ¿por qué causa,
Si es mi orden la virtud, quebranto ó tuerzo
Tan fácilmente el proceder de mi orden?
¿Qué os dice la razón? Yo, miserable,
Traigo conmigo á la cansada vida
La persuasión de la virtud impresa
En las íntimas túnicas del alma;
Y siendo ésta mi ley, causa ligera
Opone á su observancia las pasiones
Que trastornan mi estado, y al delito
Me inclinan ó me arrastran, cual si fueran
El orden de mi esencia las maldades.
¿De dónde en mí la inclinación al vicio?
¿De dónde en mí que involuntaria casi
Resbale á la maldad subitamente
La fácil voluntad, como pudiera
En deleznable hielo incanto niño?
¿Será que Dios, el justo, el bueno, el sabio,
Dar quiso sér á un ente en quien la fuerza
Que induce á quebrantar la ley prescrita
Avasallase al infeliz principio
Que á la observancia de la ley induce?
¿Tiránica creación! Y predicando
Tal deidad los sofistas, ¿decir osan
Que un tirano en su Dios el fiel anuncia?
¡Miserable razón! si se dirige
Por tu trémula luz el pensamiento,
Nada se arroja á establecer del orden
Que impuso el Hacedor en sus criaturas,
Sin que, ó no Dios, ó injusto, le presente,
Confusa tropa de ignorantes sabios
Ansiosa acude; con ardiente ahínco,
Por socorrer mi indecisión, furiosos
Asen de mí, y á la región me llevan
Donde en su trono la opinión reside.
Lóbrega sombra en tenebrosa noche (3),
Cuando, cubierto de preñadas nubes,
Lúgubre esconde su semblante el cielo,
No es comparable á la en que eternamente
Aquel triste lugar está sumido.
Espeso bulto de cerrada niebla
Del centro se levanta, que á los ojos
Dudosamente su apariencia envía;
Del cual cercado y ofuscado el trono,
Desde él, señora la matrona vana,
Con soberano ceño á sus esclavos
En equívoca voz sus leyes dicta.

(3) Región de la opinión.

DISCURSOS FILOSÓFICOS.

Cerca del trono abominable tienen
Perpétuo asiento la Arrogancia hinchada,
La flaca Envidia, y el Desprecio adusto;
Y en torno del con alas nunca ciertas
Vuelan en forma de malignos genios
Los falsos Pensamientos, prontos siempre
A inspirar la erección de los sistemas:
Fieles ministros de su reina, al gusto
De ella se ajustan y en sus siervos obran
Efectos á su oficio semejantes.
Ella, celosa de su imperio, á todos
Por la verdad se vende; y ellos, ciegos
Por la verdad, con sumisión la adoran.
Pusiéronme á su vista, y dirigiendo
A mi su voz, «Mancebo, los mortales
Por mí (dijo) su nombre inmortalizan.
La ciencia en mí reside; mis decretos
Sagrados son; el misero que pruebe
Refutar su verdad, como execrable,
Sufrirá la venganza de los míos.
Yo sé que en tí con ansia el gran deseo
De hacer tu gloria perdurable asiste,
Y que á este fin elegirás ufano
Medios valientes, que el heróico pecho
Del vulgo aparten y tu gloria afirmen.
Fía de mí. El tumulto de las gentes
De su ignorancia en los civiles partos
Se ocupa firme, y cuanto así dispone,
O al cielo lo atribuye, ó de su esencia
Á la seguridad que en todo busca.
Burlate de él; y aniquilando estilos
Vulgares en la tierra, mis decretos
Propaga audaz, si á mi favor aspiras.»
Calló. Yo, simple, persuadido espero
Recibir el oráculo. A este punto
Vuelvo la vista á la región oscura,
Y en torno la rodeo; y afanado
Trasveo por la sombra un gran tumulto.
No bien distinto á la ofuscada vista,
Que busca la verdad entre tinieblas.
En este instante desde el pardo trono
Se oyó la voz de la matrona. Todos
A ella se vuelven en tropel confuso;
Faltos de luz, acelerando el paso,
Unos en otros tropezando, caen,
Y no por eso la arrogancia pierden.
Suspense todo; la opinión entónces,
«Hijos (les dice), deshacer errores,
Sin que á un error deshecho sustituya
Nueva verdad el creador ingenio,
No es obra de talentos generosos.
Si os persuadís que os ligan otras leyes
Que las que os dicta la razón, en vano
Os divorciáis del popular tumulto.
Pasad la vista por la tierra: vária
En estilos, en usos, de mil gentes
De opuesto proceder veréisla llena.
El genio excelso que concibe cuanto
Debe á su sér, á la ignorancia deja
Seguir los usos que introdujo, y sólo
Se forma un mundo en que él habite y siga.
La ley que su razón le señalare.
Id, pues: formadle, que en la edad futura
Será premiada la fatiga, cuando
Suene con reverencia vuestro nombre.»
Todos, su industria previniendo, parten
A levantar el edificio á una
Con nueva fuerza y regocijo.... Pero
Apénas juntos á tratar comienzan
De la ley general que ha de imponerse,
«Eterno Dios! ¿qué voz será bastante
Para expresar la division horrible,
La discordia feroz que entre ellos hubo?
Bien como cuando en popular estado
Plebeya gente, á su negocio atenta,
Del bien común á conferir se junta,
Que hácia el propio interés encaminando
Cada individuo el general, discordes
Juzgan que á todos extenderse debe
La ley que á sí se aplica cada uno:
Crece el calor de la disputa, y puesta
Ya en su punto la cólera, soberbios

Gritan y esfuerzan su opinión, y al cabo
Sin formar ley alguna se separan,
Y cada miembro á su albedrío sigue.
La que más á su objeto es conveniente:
Así avivando la arrogancia el fuego,
Del desprecio ayudada y de la envidia,
En aquellos esclavos miserables
Se encendió la discordia y bravo enojo.
De aquí y de allí á una voz se oyen clamores
Que entre sí se confunden, y á la oreja
Sólo un ruido atronador ofrecen.
Declaman, ponen, contradicen, fundan,
Derriban; y el discurso enardecido
En injurias prorumpe, con que airados
Mutuamente se hieren y motejan.
Yo atónito miraba y admiraba
La civil desunión; y revolviendo
En lo íntimo del pecho con angustia
Lo que presente via; vuelto al cielo,
«Oh Dios! (exelamo), si una ley me obliga,
Impuesta en mí para agradarte, ¿de éstas
Cuál seguir debo? En esto, cual si fuera
Digno mi ruego de un prodigio, el cielo
Rasga su velo, y de su seno lanza
Un cúmulo de luces esplendentes,
Que hicieron clara la región oscura
Aun más que cuando con cabellos de oro
Tranquilo el sol de sus reflejos dora,
Sin embarazo, la serena esfera.
Graciosa virgen húego, sustentada
De nécar y oro en transparentes nubes,
El aire hiende hácia nosotros. Alza
Su rostro á ella la opinión, y al verla,
Súbita huye, repitiendo ronca:
«Oh Verdad! ¡oh Verdad! Al gran portento
Cesa el tumulto; y fué de ver que apénas,
O sospecharon, ó entreoyeron que era
La Verdad la que á ellos descendía,
Trocada en lazo estrecho la discordia,
Se unen amigos, y conformes niegan
Que aquélla sea la Verdad. La miran,
Y heridos de su luz, la desconocen,
Porque verla no pueden. Votan todos
Que es apariencia, ó concertada máquina
De artifice fanático, que tienta
Aparentar milagros en su abono.
Bien y aplanden su advertencia aguda
Y gran discernimiento; y desatados
En donaires y juego, de la virgen
Se burlan, y se gozan con su tritunfo.
Ella, tranquila, de piedad risueña
Bañadas las angélicas mejillas,
La ciega turba con destien miraba,
En la cándida frente delineando
Compasión y desprecio. Silenciosa
A sí me llama, y á la esfera suma
Arrebatando el presuroso vuelo,
A su lado me lleva; y mis sofistas,
Segunda vez entre tinieblas, tornan
A desunirse y difamarse; y sueltos,
Cada uno parte á fabricar su mundo.
Yo, embelesado con mi dicha, apénas
Crédito daba á mis sentidos; subo,
Y no pienso en que subo. A gran distancia
Detuvo en fin su ascenso, y desplegando
Los dulcísimos labios, en la mia
Puesta su vista, hablóme de esta suerte:
«Si ya las dudas en que ociosa vela
La liviandad de los altivos sabios,
Que á Dios corregir quieren, mi designio
Fuera aquí declararte sin reserva,
Contigo hollando las esferas todas,
Y el diáfano espacio penetrando
Por donde siguen su carrera cierta
Esos orbes inmensos que á tu vista
Sólo blancas vislumbres aparecen,
Te pusiera en el centro del empero,
Y al lado del Artifice supremo
Sus leyes y destinos alcanzaras;
Yo sé que entónces juzgarías vanos
Y de ningún momento los esfuerzos
Que tanto allá en tu mundo se celebran,

Quando sin freno alguno los mortales
Al gran Dios sus quimeras atribuyen,
Vieras el universo cual formado
Fué por su mano excelsa; no cual ellos,
Con viles leyes, de su mente indignas,
Ignorantes artifices le forman.
Burláras los pomposos atributos
Del divino Newton, del gran Cartesio,
Con que se honoran porque al fin consiguen
Errar con agudeza entre ignorantes.
Pero no es éste tu destino. ¡Juzgas
Que Dios, el justo Dios, te negaría
Este conocimiento, si tu esencia
Por medio dél lograrás mejorarse?
No léjos de la luna, en este espacio
Medio entre ella y tu globo, parar debes
Tú, que fuiste á su esfera destinado.
¡Ah! (dije yo), pues la ocasion convida,
Y fácil no es que la verdad dos veces
A un mísero mortal busque y visite,
Haced, haced, señora, que mis dudas
Tengan fin. Conducidme donde nota
Cómo el sol sobre su eje se rodea,
Cómo dilata de la luz los rayos
Su benéfica lumbre y raudó fuego:
Si arrebatados hácia el centro, oponen
Su íntima fuerza los menores globos,
Y de la oposicion nacen sus giros;
Si hasta las *fixas* la materia cunde
De la lumbre solar, y tienen de ella
El brillo que en sus haces resplandece;
O si es para ellas nuestro sol lo que ellas
Para nosotros son, y siempre ardiendo,
Bañan de luz innumerables orbes;
Si con sus soles á extinguirse llegan
Algunos mundos, y renacen otros,
Que el grande espacio sucesivos pueblen;
Porqué á Saturno iluminado anillo
Cíene, y sobre él en concertado torno
Le siguen cinco lunas; dónde moran
Los hispídos cometas, y qué causa
Los trae y lleva por el vago espacio;
Si.... «¡Oh simple! (entonces la Verdad, riendo,
Me interrumpió), ¿por qué severamente
No á Dios te quejas de que en tí no ceda
El gobierno del orbe? Inocentillo,
Candor curioso en tus potencias obra
Lo que obra en otros la malicia. Inquieren
Causas al Todo-Sabio reservadas;
Y nunca dando con lo cierto, arguyen
Que nada hay cierto, y á su esencia misma
Alargando sus dudas, la trastornan.
Oyeme atento: la inocencia tuya,
Que por la duda á la verdad camina,
No á la tímida gloria y vano nombre,
Digna es de un desengaño. La jactancia,
Llena de sí, no es de él merecedora.
«El que hoy lamenta su miseria y males,
Congojoso mortal, no de esta suerte
Salió á luz de la mano poderosa
Del pródigo Señor que el sér le diera.
El universo edificado apenas,
Llenó el espacio, y al imperio docto
Del Dueño omnipotente, cada cosa
Tomó sér y lugar; el movimiento
Impreso en ellas descubrió el enlace
Con que una en otra eslabonadas giran;
Ya obraban todas cuando el hombre, exento
Del enlace comun, la vez primera
Nació á la vida. Posterior al órden
Del todo universal Dios le produjo,
Porque en él Dios no quiso que él entrara:
Quísole libre, y le eximió por eso
De la inmensa cadena destinada
A obrar siempre de un modo irrevocable.
¡Cuánto á la ciencia del Criador benigno
Debió entónces el hombre! Enriqueciendo
A la ingrata criatura, perfecciones
Puso en él, si no inmensas é infinitas
Cual lo son en su esencia, semejantes,
Empero, en el obrar á las que encierra
La inmensidad de su vigor oculto,

Si entiende Dios, entendimiento al hombre
Concedió; si reside en su sustancia
Potestad de querer, el hombre goza
De potestad así; si libre y suelto
Elige y ejecuta en sus designios
El ente de los entes, en los suyos
Elige y ejecuta su criatura.
¡Oh desperdicio de inmortales dones.
A nefandos abusos convertidos!
¡Juzgas acaso que tan alta fuerza,
Vigor tan eminente, te fué dado
Para que no en las obras imitáras
Al que eres en potencias semejante?
Si en el vigor á tu Criador imitas,
Tus efectos en todo parecidos
Serlo á los suyos deben. Ahora esfuerza
Tu razon, y examina de qué modo
Dios y el mortal de sus potencias usan,
La integridad de la razon suprema,
¡Por ventura al engaño algunas veces
Inclinó su saber? El todo Justo,
El todo Bueno, el Verdadero todo,
O, lo que es más decente, la Justicia,
La Bondad, la Verdad, la Ciencia, el centro
Único indivisible que contiene
En sí cuantas no caben perfecciones
En la clausura de tu angosto juicio,
Y es solo en cada una, y en él todas,
¡Acaso en sus efectos contradice
Al sér que tiene en sí? ¡Dónde el abuso
Ves de su libertad, de aquella fuerza
Con que le es dado aniquilar á una
El universo entero, á las estrellas
Asociar el abismo, y de su centro
Arrancar las columnas de diamante,
Y el nudo disolver que el orbe afirman?
Antes veneras su bondad. Del mundo
Corriendo en cerco la region poblada,
Su afable y liberal beneficencia
Impresa en todo ves: de largos bienes
Colmadas las criaturas, ora faltas
De sentimiento, reposadas obren
Por impulso exterior, ora en su seno
El estímulo lleven de sus obras.
¡Oh cuánto, cuánto en proceder desdican
De su sér los mortales! ¡cuánto, injustos,
Por alejarse de su Autor trabajan!
Desde que el manto de la luz despliega
La risueña mañana, hasta que el velo
De la noche se esparce y le retira,
Hierven afanes de malicia insana
En el pecho del hombre. En las tinieblas,
Cuando del sueño la quietud benigna
Con el blando letargo sus afanes
Pudiera interrumpir, ellos ¡ah tristes!
Duermen velando, á los cuidados torpes
Atentos, que el vivir desasosiegan.
Cuenta el avaro en el austero lecho
Sus males embebidos en el oro
Que guarda aún de sí mismo. El vengativo
Sueña la injuria, y de la viva imágen
Arrebatado, á la venganza corre,
Y hiere y mata, y en matando duerme;
Sus tropas sueña el infeliz monarca,
Y al imperio vecino en ellas lleva
La muerte y la hambre, de la sed pendientes
En que arde su ambicion. En tales obras,
¡Hallas que el hombre á su Criador imita?
No fué su intento embarazar la tierra
Con vivientes avaros ó ambiciosos,
Homicidas ó adúlteros. Los vicios
¡Cómo nacer de la virtud pudieran,
De la inmensa virtud? Sabios profanos,
Que al hombre hoy considerais perfecto,
Estable en su órden, y existiendo, en suma
Cual conviene á su sér, ¡qué deidad triste
Predicais, miserables! Mata el hombre:
Sirve á su sér; la mano, segun eso,
Del Criador no es del todo omnipotente,
Pues obligada á permitir estuvo
Almas malvadas, á matar dispuestas.
Y si en lo bueno limitais la eterna,

La sola Omnipotencia, ¡á cuál angustia
Reducis sus restantes atributos?
La bondad sin poder, ¡de qué manera
Será suma, infinita? La justicia
¡Cómo obrará con disculpable enojo,
Castigando delitos necesarios?
¡Execrable saber, horrible ciencia,
Que ella por sí la corrupcion humana,
Que pretende salvar, muestra y descubre!
Ciegos sofistas, si el mortal tuviera
Consigo hoy la bondad que le era propia,
No os cansaríais en probar que es bueno.
Compara el hombre á su Hacedor. Las artes
Allá en tu mundo su esplendor reciben
De la mano valiente. De un Velazquez
Indican bien las elegantes tintas,
Del artefacto diestro la excelencia.
Ménos descuidos en el lienzo nota
El fastidioso gusto; más levanta
Del pintor el talento; viles obras
De vulgar interes, ya las suscriba
Célebre nombre, por ajenas raya,
Y niega que á tal nombre pertenezcan.
¡Juzgas que el hombre, cual procede y vive,
Obra es digna de un Dios? Donde en los males
Que traza y sufre; en la crúel discordia
Que alimenta y instiga, tan constante,
Que nunca el sol por el rosado oriente
Puro y gallardo amaneció á la tierra
Sin ver su suelo con la sangre tinto
De horribos combates; ¡dónde en esto
La bondad infinita resplandece?
Cuando inclinada á la sentencia inicua
Por el oro elocuente la balanza
De juez civil, en tribunal vendible
Oprime la inocencia desvalida,
¡Dirás que luce, permitiendo injustos,
La justicia inmutable, eterna, inmensa?
Sólo, en un bosque, un pequenuelo niño
Abandona á su suerte: si el desuido
De las fieras la vida le permite,
Crecerá embrutecido, y todo ajeno
De su sér, nuevo miedo de los montes,
Más que á los hombres se unirá á las fieras.
¡Por qué le deja la razon? Al tiempo,
Al simple jilguerillo, que aun sin pluma
Travieso jóven de su nido aleja
Y cria en su mansion, ¡cuando el instinto
Concedido á su sér le desampara?
Déjele libre: partirá á la selva
Gozoso y diligente; á sus iguales
Juntaráse, y mezclando sus goceos
Con los festivos de la tropa amiga,
Elegirá consorte, y negocioso,
Con maña no olvidada en sauce espeso
Fabricará para los dos su nido.
Si es distintivo la razon del hombre,
¡Por qué perderla puede? ¡Oh! duraría
En él sin decadencia si guardara
Su vigor ella y primitivo estado.
El bruto y la ave su vigor conservan,
Porque no han decaído; ve si el hombre
Ha, pues no le conserva, decaído;
O si un Dios justo á su mejor criatura
Más flaca esencia concedió que á un ave.
No, no los hombres trabajáran tanto
Para hacerse perfectos, si perfectos
Cual requiere su sér permanecieran;
No á las naciones separáran leyes
Y costumbres opuestas ó distintas.
Sola tu especie en el vivir procede
Inconstante, sin norma, en tantos usos
Partida cuantos son los individuos:
Avaro el uno, liberal el otro;
Este homicida, aquél de sus iguales
Pródigo defensor; socorre, usurpa,
Regala, roba, engaña, desengaña....
¡Por qué á su instinto una brutal especie
Obedece constante, y los mortales
No á la razon constantes obedecen?
Sus mismas obras su delito gritan,
Y su caída triste, Ellos unidos

En pensar, en obrar, quietos, dichosos
Vivieran si del Ente soberano
Cumplieran la intencion con imitarle,
El bruto, el árbol, la rudeza inferme
De los cuerpos no vivos, el fecundo
Procrear de la tierra, el refulgente
Círculo de los orbes; cuanto abarca
La limitada inmensidad, humilde
Al arbitrio supremo, todo, todo
Sus leyes guarda en inviolable curso:
El hombre solo, él solo, cual hoy dura (1),
Su órden quebranta, y si en su obrar maligno
Socorro portentoso no le enfrena,
Perpétuamente acciones (no lo dudes)
Producirá contrarias á sus leyes.
¡Oh primitiva edad, edad sagrada,
Tiempo no poseído! Allá en tu suelo
¡Por qué hay quien ose defender que el hombre
Nunca ser bueno ni dichoso pudo?
Pudo ser bueno y ser dichoso; entónces
Yo, compañera de su dicha, á todos,
Consagrada á su bien, de mis misterios
Participes hiciera. Embelesados
En el progreso de las cosas, claro
Y abierto á su razon, reverenciáran
El sólo nimen anunciado en ellas;
Y obedeciendo las sencillas leyes
Que en sí mismos notáran; divididos
En regiones diversas, no diversa
Fuera la voluntad, y en obras unos,
En las de un hombre las de todos vieras.
Ahora discordes, en continua guerra
Consigo mismos, en su pecho sienten
Aspera acusacion que los agrava,
Y, alimento del miedo, á cada instante
Culpa sus hechos congijos el juicio.
¡Quieres la imágen de tu sér? Arranca
De la tierra los vicios. Los mortales
Se amarán entre sí, y un soberano
Conocerán en la virtud tan sólo.
Mas ¡quién de ella arrancar podrá los vicios?
¡Quién hará bueno al hombre, á esta criatura
Creada para ser buena? Alarga, alarga
La vista hácia tu mundo y examina
La haz de su redondez: verás que abundan
Más los inventos que los vicios dictan,
Que los que dicta la virtud, sobre ella.
Riscos valientes, pesadumbres toscas,
Por defensa industriosa contornadas
En muros defensores; la dureza
Del bronce en instrumentos convertida
De fulminante estrago, á cuyo impulso
Ceden á una la morada humilde
Y la gigante cúpula; en los mares
No ya el hórrido estruendo de las olas
Cuando soberbio las azota el anstro,
El de las nubes á emular se atreve.
Pues si al bullicio de la union urbana
Te vuelves, y en silencio le examinas,
¡Qué empresas! ¡qué designios! robos, fraudes,
Tiránica ambicion, injuria ardiente,
Malicia injusta, la inocencia al cielo
Levantando los ojos oprimida
Del pérfido poder; tramas, traiciones,
Obras que apenas el civil desvelo
De las leyes reprime y escarmienta.
¡Hasta en las cosas que á su Autor consagran
Mezclan los hombres su maldad! Pervierten
La inocente piedad; y figurando
Dioses injustos, en nefandos votos
Su auxilio imploran, ó por medios torpes
A venerar su Omnipotencia acuden.
Ve tu miseria. Mas ¡en ella acaso
Irreparablemente un Dios benigno
Dejó á sus criaturas? Existiendo
En su pureza propia, fuera en todos
Una la religion, las leyes unas,
Por su razon no equívoca dictadas,
Perdió su oficio la razon: al punto
Desconoció á su Dios, y los deberes

(1) Dura por existe.

Alteró primitivos. El dominio
Inventó leyes nuevas, dioses nuevos.
Atiende al vulgo; del que impera adora
El Dios, no el que él descubre. En sectas varias
Dividida la tierra, sólo en una
Verás que la introdujo un varón justo.
Dios pide un culto; y la razón, dudosa,
Si el mismo Dios no le revela, nunca
Sabrá por sí cuál le será más grato.
Integro el hombre, sin tropiezo ó duda
Conocía su Dios y sus deberes.
Pues fuera entonces una sobre el suelo
La religión, por la razón dictada;
Arguye de esto que, corrupto el hombre,
La religión también debe ser una,
Y que, impotente la razón, Dios solo
Puede dictar lo que ella ya no dicta.
Dijo; y rasgando la región etérea
Con ala vagarosa, hacia el empuero
Su vuelo dirigió ceñida en torno
De un rosado esplendor que despedía.
A mi una nube á la angustiada tierra
Me descendió; y ya en ella, con ahínco
Torno á oír los filósofos, y al cabo
Llego á entender que en ellos nunca se oye
La habla que oír en la verdad yo pude.

DISCURSO IV.

Fin del hombre; de aquí deducida la inmortalidad del alma,
y de ella la existencia de Dios.

Nacido al mundo racional criatura,
Ente corpóreo, y de los entes todos
Arbitro y dueño en mi obediente suelo,
¿A qué fin vivo? (1). ¿Inútil en el mundo
Será de mi razón el ejercicio?
Graves sofistas, que gritáis que el hombre,
Materia sólo organizada, mueve
Sus miembros y potencias, cual sus giros
La máquina constante que del tiempo
Los espacios divide y los señala;
Si de sus ruedas el servil oficio
Se dirige á algún fin, y cuanto inventa
Y cuanto forma el pensamiento humano
Con fijo y cierto fin lo inventa y forma,
¿Con qué designio un ente todo sabio
Puso el entendimiento en los mortales?
Si muere el hombre cuando el cuerpo muere,
¿Para qué la razón? Oh tú, de todos
Arbitro soberano, Padre excelso;
Tú, cuya mano omnipotente y justa
Leyes impuso á los creados entes,
Que á llenar sus destinos los llevasen
Con inviolable curso y obras ciertas;
Yo, capaz sólo de admirar tus leyes,
Capaz de hacer que en mi provecho giren
Cuando, ó torciendo su destino, trueco
El rostro á la natura, ó bien contando
Sus constantes períodos los sigo,
Para que por mi mano socorrida
Dilate más y más sus producciones;
Yo, excelso Dios, que conocerte puedo,
¿Viviré para el suelo, sin que nada
Me aproveche el poder de conocerte?
Inútil es mi entendimiento. Gentes,
Oid vuestros destinos. Desde el solio
De la arrogancia la opinión os habla
Por la boca de oscuros adivinos,
De soberbios filósofos: creedlos
Si no queréis que os culpen agriamente,
Haciéndoos cargo del atroz delito
De que adorais á un Dios con mente pura
Vosotros, que elevais el pensamiento
Hasta la causa de las causas todas;
Los que leyendo en la interior conciencia,
Conocéis los decretos sacrosantos
Con que á su trono el Hacedor os liga;
Los que en el corazón sentís impresa
La obligación de la virtud, y fijos

(1) La razón no se ha concedido inútilmente al hombre.

Los dones admirables que os levantan,
Y á un Dios bastan á haceros semejantes.
Vosotros, que imitais, si vuestras obras
Sirven á la virtud, la augusta esencia
De la Divinidad, y el imitarla
En que queráis consiste, ¿por ventura
Os daréis á entender que aquel Dios mismo
Que aquel que os dió poder para imitarle,
Con tal fin os le dió? Necios humanos,
No es vuestra suerte la virtud, ¿Felices
Ser queréis? ¿Os adula la esperanza
De vuestro cierto y primitivo estado?
Id, id á los desiertos: en los bosques,
Hospedaje común, os echan menos
Vuestros hermanos los feroces brutos.

Fué un tiempo (dicen) cuando el hombre, falto
De entendimiento y locución (2), vivía
Dichosamente en cavernosos montes,
Cual viven ora los rapaces lobos.
Asperas ramas de agobiada encina
Techo abrigado y liberal sustento
Al desnudo mortal daban sin tasa,
Cuando, ó por falta de caverna amiga,
O, por escaso en el cazar, al fruto
Y al resguardo del árbol acudía.
No entre los hombres amistad, no el lazo
De saludables leyes. Vagabundos,
Huéspedes rudos de confusos bosques,
Al sol, al aire, á la inclemencia expuestos,
Sin más razón que el natural instinto,
Y con fuerza robusta, siendo fieras,
Al sér de racionales no aspiraban.

¿Oh estado digno del que al cielo cuenta
Los movimientos, y al Motor conoce!
¿Quién por la dicha de imitar á un oso
En la rudeza y robustez, no trueca
El miserable estado en que las gentes,
A un Dios y á un sumo imperio obedeciendo,
No ejercen libremente las maldades?
Cansóse, empero, el hombre de su dicha,
Y empalagóse (como en todo sule)
De su estado feliz. La libre Venus
Y el libre robo, privilegios grandes
Y excelsa ocupación del hombre bruto,
Le fueron enojosos. A las crines
Y ensortijada barba neciamente
Trocar quiso el abrigo y la decencia.
Substituyó á las rústicas moradas
Ó al techo de azulados horizontes,
Sólidos techos de labradas vigas,
En robustas paredes sustentadas;
Y ciegamente en su infortunio diestro,
Cuanto más, inventando nuevas artes,
La majestad del hombre descubría,
Tanto más se apartaba (según dicen)
Del estado á que el hombre fué creado.
Halló el discurso los sagrados medios
De hacer seguras del insulto inocuo
La posesión y la salud. Cifrada
En una sola fuerza la de muchos,
Nació apoyada de las santas leyes
La alma seguridad, que en los mortales
Estrechando la unión, risueña y dulce
La paz y la quietud les prometía,
Que ellos sin fuerza mantener debieran,
Si ellos vivir pudieran sin maldades.
La voz de un pueblo epilogada en uno,
Depositario del común cuidado
Y defensor del concordado pueblo,
Impuso penas, señaló castigos
Y refrenó la universal malicia.

No ya fué el robo impune; no la mano
Alzó sin miedo el sanguinario hierro
Contra la débil inocencia. El hombre,
Para obrar bien creado, con la fuerza
Fué obligado á obrar bien; y ¡oh triste tiempo,
Tiempo infeliz, cuando los hombres mismos,
Estableciendo leyes, se obligaron
A ser forzosamente virtuosos!
Entonces fué cuando arrojaron lejos

(2) Sistema extrayagante de Rousseau.

La pureza de sí: su esencia entonces
Debíó al desvelo de querer con ansia
Perfeccionar de su razón los dones,
La vil depravación que en sí percibe.
Vino el hombre á ser hombre finalmente,
Y salió del estado que le toca,
Si no miente el gran genio de Ginebra.
De la razón que en su vigor se fia,
Tales son las groseras invenciones.
Hacernos brutos para hacernos buenos,
Y reducir el hombre á que posea
Sin uso la que engendra sus virtudes,
Dueño de un alma inútil; ¿con qué labio
Osa dar la impudencia á los delirios
Título de sagaz filosofía?

Ved aquel árbol, que en su verde pompa
La dignidad de su destino ostenta
Formido y bello en la estación amiga (1);
Con arte oculta, que el desvelo burla
Del átomo físico, del suelo
Donde engastada su raíz se esconde
Atrae el alimento, que, ó mantiene,
O engrandece su hermosa corpulencia;
Sube y penetra los extremos todos
Del sano vegetal; hincha las ramas,
Rompe su piel, y de pimpollos tiernos
Cria las hojas que las ramas visten.
Tras esto, en punto señalado y fijo
A aparecer entre la pompa empiezan
Las encogidas flores; abren luego
Las copas olorosas, cuyo centro,
Seno del fruto imperceptible entonces,
Al fin descuelga en inviolable forma
Dones preciosos, que en su seno guardan
La duración constante de su especie.
Id ahora, sofistas, id, y al árbol
Decidle seriamente: «Tronco altivo,
Soberbio habitador de un globo obscuro,
¿Con qué razón ¡oh vil! te ensoberbeces?
La producción de tu sabroso fruto
No es propia de tu sér; tú abandonaste,
Por tu desgracia, y depravaste el orden
A que Dios te crió, cuando robando
Tu substancia á la tierra, á la grandeza
Con ella de tus partos acudiste.
Depon la pompa, y á tu estado vuelve
De rústica aridez; no ya colore
El sol tus frutos, ni tu planta á ellos
Dulce substancia y saludable envíe.
Naciste para estorbo de la tierra,
No para dar al animal sustento.

Triunfe nuestra razón (2). Si nos fué dada,
Para usarla fué dada. ¿Por ventura
Cabe en un Dios la creación inútil
De un ente generoso? Démos, démos
Título de ignorantes la arrogancia,
Porque ser no queremos arrogantes.
Sirva una vez á la verdad la ciencia,
Puesto que tantas, oprimida, sirve
Al pérfido interés. No aquí el desdó
De hacer que suene celebrado el nombre,
Entre el liviano número de aquellos
Que tienen sólo el alma en las orejas.
No aquí la astucia de ostentar doctrinas
Que á un ignorante poderoso engañen,
Para que el fruto del engaño sea
Premiar á otro ignorante. No la gloria
De enlazar desatinos, que deslumbren
Con nombre impertinente de sistemas.
De mi destino el encubierto objeto
Acongoja mi espíritu (3). Nacido
A un mundo, patria de infinitos entes,
Obrar los veo, y en sus obras hallo
Que á su principio el mío no semeja.
Si tengo un cuerpo que á los brutos hace
Semejante mi sér (4), bien examine

(1) Un ente insensible no tiene ninguna facultad inútil: ¿y diremos que las ha de tener un racional?

(2) ¿Pudo Dios darnos la razón para que no usásemos de ella?

(3) Voy á averiguar mi fin ó destino.

(4) Si reconozco en mí un cuerpo, que me hace semejante á los brutos.

Su mecánica forma, bien el modo
Con que dirige sus funciones varias;
Si esclavo de él, de sus potencias sufro
El imperio forzoso, cuando atentas
A la existencia de la vida, abrazan
El bien, involuntarias, ó el mal huyen.
Pasando luego á superior esfera,
Olvidado del cuerpo (5), en mí percibo
Un alto sentimiento que del suelo
Me destierra y al cielo me levanta.
Con él, sin tasa, en mi interior poseo
Cuanto encierran los orbes. Claramente
Allá en el seno de mi frente miro
Seguir su curso en silencioso paso
El coro de los astros, y cuál ruedan
En círculo inmutable sobre un punto.
Mido del tiempo la constancia fija;
Vuelvo á la tierra, y penetrando libre
Sus sólidas entrañas, de sus partos
La causa, el sér, la duración inquiero.
Tal vez, si al cielo reservadas sólo
Las primitivas causas, arrogante,
De su noticia á la certeza aspiro;
Emulo débil del Criador, á falta
De verdades ocultas, no sin gloria,
A efectos ciertos inventadas causas
Acomoda mi espíritu; y resuelto
Hace mover el universo todo,
Cual otro Dios, por meditados leyes.

Pues él ha puesto inteligencia tanta (6),
Sólo en mí entre los entes, ¿por ventura
La puso sin objeto? ¡ah! no; sin causa
Nunca obra un Hacedor. Con ciertos fines
Nos hizo inteligentes; ni mis obras,
Que tanto distan del brutal instinto,
Deben su origen al instinto rudo.
Efectos que en su esencia son diversos,
Causas diversas en esencia indican.
No por la fuerza con que el bruto siente,
Fructifica la planta (7), ni en el hombre
Causan las obras de su especie propias
La misma fuerza que á la bestia anima.
Docta la mano del Criador eterno (8)
Separó sus criaturas, señalando
En cada especie un singular carácter.
Leyes distintas en distintos entes
Mueven el Orbe (9). Los diversos fines
En cada especie peculiar componen
Un orden que le mueve y diferencia.
¿Crece mi cuerpo? (10). De la planta imito
La ciega potestad. ¿Siento, apetezco? (11).
Semejo al bruto. ¿Invento, raciocino (12),
Corro la esfera, hasta el empuero subo,
Adoro un Dios, en mi interior conozco
Leyes que rijan mis acciones? Este
El orden es que me distingue. En vano
Un insolente charlatan me grita
Que el interés es la virtud del hombre.
Dotó el Criador á la materia ruda
De leyes inviolables, ¿y dejara
Ajeno al hombre de inviolables leyes? (13).
Sigue uniforme en su progreso un cuerpo
Dócil esclavo de la ley que tiene;
¿Y fuera un alma del antojo esclava,
Sin ley, versátil, y en su obrar opuesta?
El docto insecto, que en dorados hilos
Cuaja el humor que á sus entrañas debe,

(5) También reconozco una facultad ó fuerza sublime, que me desprende de la parte corpórea.

(6) ¿A qué fin me concedió el Criador esta potestad ó fuerza inteligente? A alguno sin duda.

(7) No al de los brutos, porque mis obras son diferentísimas; y consiguientemente, debe serlo el principio de ellas.

(8) Reflexionemos pues.

(9) El orden del universo se compone de los órdenes de las especies de los entes.

(10) ¿Cresco? soy planta.

(11) ¿Siento? soy animal.

(12) ¿Raciocino? este es mi orden; pues esta facultad no se halla en otro ente que en mí.

(13) Todos los entes tienen orden peculiar en su especie; ¿por qué no lo ha de tener el hombre en la suya? Helvetius enseñó este desatino, con nombre de interés personal.

Diestro arquitecto de su tumba, nunca
De ella ó altera ó descomponer el orden.
La simple abeja, en su afanar continuo,
Jamás aumenta á la celdilla rica
El número de lados, ni hace amargo
El pródigo depósito. ¡Y el hombre,
Y sólo el hombre, sin decretos ciertos,
Sin ley, sin orden, de oponerse en todo
La miserable facultad tuviera?
Hoy es virtud el adulterio, el hurto (1)
Mañana lo será, si las acciones
Del interés la cualidad reciben;
Porque ¿cuál es el hombre, que en los vicios
No, más que en las virtudes, se interesa?
Viera ya el mundo sus maldades todas
Canonizadas (su ejercicio tanto
Nos inclina y adula), si las voces
De un importuno acusador, perennes
No allá en el pecho del mortal clamáran.
Ión, Solon, justificado Minos (2),
Licurgo fiel, Dracon inexorable,
Justos varones, que al unido pueblo
Interpretásteis y observar hicisteis
Las leyes de su esencia; aquí, aquí juntos
Lidiad por la verdad. ¿Por qué á los vicios
Penas pusisteis, á despecho á veces
Del civil beneficio? ¿Por qué nunca
Premios abristeis á la acción malvada?
Os conducía la razón; y hallando
Que de la vuestra á la de todos era
Llano el comercio, despertásteis doctos
La razón de las gentes con la vuestra,
Despierta ya; y reverenciar hicisteis
A la ajena conciencia los decretos
Que en sí la vuestra ya reverenciaba.
Sin duda al hombre los preceptos ligan
De un orden peculiar (3); ama, aborrece,
Socorre, engaña, usurpa, restituye,
Prevé los fines, los motivos juzga,
Resuelve en fin, y en sus acciones muestra
Que otros designios que el vivir le mueven.
Si en ellas él la cualidad distingue
De delito ó virtud, no sin objeto
La facultad de distinguirla tiene (4).
¿Será la vida, su sosiego, el logro
De su comodidad, cual en la bestia,
El fin de un don para vivir inútil?
Viven sin él aquéllas: ¿ni en qué suerte
Puede en un cuerpo el raciocinio agudo
Tener influjo, ó la conciencia justa?
El bruto vive sin conciencia (5); el hombre,
Pues la conoce en sí, para otros fines
La conoce en verdad; ni al cuerpo toca
Lo que no á su existencia contribuye.
Ahora aquí vosotros, que jactando
Tanto vuestra razón, al fin con ella
Venís á haceros á un jumento iguales;
Los que hermanaros á las fieras rudas
Preferís á la próspera esperanza
De un inmortal y venturoso estado;
Crasos materialistas (6), si al apoyo
De la vida mortal no se encaminan
Aquellas obras con que excelso el hombre
Del bruto se divide y diferencia;
¿No me diréis (pues de alcanzarlo todo
Ostentais el poder) cuál el objeto
De aquellas obras es? Si alguno tienen
(Y sin duda le tienen, porque, en suma,
Sin fin, ¿á qué son dadas?), si le tienen,
¿Cuál es, si no es la vida? ¿Visionario

(1) Inconvenientes que se seguirían de no haber orden en el hombre.

(2) Los legisladores no hicieron más que despertar en las gentes la idea de este orden.

(3) Hay, pues, orden en el hombre.

(4) Distingue en sus acciones la virtud y el vicio; esto es, sabe, ó que se conforma con el orden, ó que le quebranta.

(5) Esta facultad de distinguir el vicio y la virtud no sirve para vivir; por consiguiente, no es la vida su fin.

(6) Díganme, pues, los materialistas: si las acciones de la parte racional del hombre no aprovechan para la vida (pues los brutos viven sin ellas), ¿cuál es el fin á que se dirigen?

Me llamais? ¡Bautizáisme con el nombre
De fanático vil? (7). ¡Tales respuestas
Convienen, cierto, á la pregunta mía!
¡Lógica aguda! ¿y quién entre vosotros
No, usando de ésta, los apuros vence?
Oid, empero, una respuesta simple,
Cual yo mismo la oí: si no os agradan
El tiempo, el modo, la ocasión; la culpa
Dad, si queréis, á la verdad del caso,
No al que le cuenta; y á mi fe que en esto
No haréis traición á las costumbres vuestras.

Útil vigilia es la del docto. En una,
Yo, que, sin serlo, sus estilos amo,
Toqué el provecho que al estudio sigue.
Cuando, embargado del común descanso,
Yacía el pueblo una callada noche,
Blando reparo á la fatiga, absorto
Yo en mi Platon, al pensamiento débil
Grato vigor con su lectura daba;
Del mundo allí la creación primera (8)
Contemplaba con él; error de un hombre,
Pero sublime error. Del Demiurgo
La omnipotente engendradora mano;
Formado el mundo á imitación visible
De otro invisible é inteligente mundo;
La gran substancia que en su medio habita
Y sus partes anima; el tiempo, el curso
De sus años creado en suplemento
Del eterno ejemplar de la existencia;
Los dioses, las celestes criaturas
Obedecer la voz del Padre excelso,
Formadas á su mando. En este punto
Cesando ya la mano omnipotente
Del supremo Arquitecto, de los dioses
Veo un congreso reverente oyendo
Al Dios de todos, que los junta y dice:
«Entes celestes, de quien soy el padre
Yo y el único dueño: atentos todos
Oid mi voz. Cuanto hasta aquí he creado
Será insoluble, porque así lo quiero.
Puesto que expuesto á disolverse quede
Cuanto se enlaza, el existir perpetuo
Es el don de mis obras. Si se sigue
La destrucción á lo compuesto, efectos
Vosotros de mi mano, eternamente
Fuerza es que dure la existencia vuestra:
Eternos sois. Pero escuchad ahora
Lo que os ordeno. Mi absoluto imperio
Dió ya su ser á los diversos entes
Que han de ser inmortales. Resta sólo
La creación de los caducos. Esta
Vuestra será, que imitaréis el modo
Con que yo os he formado. A los vivientes
Prestad así su efímera existencia,
Sin que de mí la eternidad reciban.
Pero del hombre (9), del mejor viviente,
De aquel que siendo á semejanza hecho
De todo otro animal, el nombre y fuerza
Poseerá de divino, y en su suelo
Príncipe, sólo á la justicia santa
Servirá, y á vosotros dará culto;
De este viviente la esencial semilla
Yo labraré; vosotros lo restante
Añadiréis á la excelente obra;
Así las nuestras hermanando, sólo
Será caduco é inmortal á un tiempo.»
Poeta ya la antigüedad perita
Llamó á Platon; confieso que en mí mismo
Vi confirmado el parecer antiguo,
Porque á la fuerza del estile grave
Y heroico razonar del Dios de dioses,
Mi mente arrebatada, de su estado
Saliendo, de tal suerte en lo profundo
De los consejos del Criador eterno
Se introdujo, que de ellos ocupado,
Cual espíritu solo, no sentía

(7) Los sofistas suelen responder con dieterios cuando se les agrada con una dificultad insoluble.

(8) Creación del universo, platónica. Todo esto está tomado literalmente del Timeo.

(9) Formación del hombre, según Platon.

Sobre mí la terrena pesadumbre.
El Dios, principio de los dioses, cuya
Hizo la esencia del mortal ingrato?
El para sí la reservó, estimando
Producirla inmortal? Platon lo afirma,
¿Y lo niega un sofista? Harto con eso
Se manifiesta la verdad, si impuro
A ella se opone un corrompido juicio.
Mientras el docto que la alcanza, humilde
Al cielo rinde por el don las gracias.
Oh tú, gran Demiurgo, eterna fuente
Del vigor que fecunda el universo,
¿Para que agraven tu poder quisiste
Prestar ánimo eterno á los sofistas?
Así exclamaba enajenado, cuando
(Caso no extraño) enflaquecerse siento
Mi espíritu cansado, y como ajena
De sí, suspensa la razón quedarse.
Plácido sueño ó éxtasis benigno
Bañó mis miembros con su paz tranquila,
No sin gozo interior; porque abultadas
Imágenes vivientes en el seno
De mi imaginación, cual si presentes
Conmigo habláran, su verdad yo mismo,
Aunque admirado, á mí me persuadía.
Era un espacio de esplendor dudoso
Iluminado apenas (1); clara sombra,
U oscura claridad, cual tibio pasa
Amortiguado entre celajes pardos
El brillo de la luna en turbia noche,
Casi indecisos, á la vista daban
Menos despierta, personajes varios.
De ellos gallarda una doncella hermosa
De vivos ojos, aunque frente grave,
Que descollaba en estatura noble
Entre cuantos había, á mí viniendo,
Yo soy, me dice, tu razón; el sitio
Que ocupo aquí tu entendimiento imita (2).
Los que acompañan mi persona, atentos
A darme siempre en qué entender, potencias
De tu espíritu son. Aquella débil
Y macilenta virgen, que en las sombras
Busca lo cierto, y sólo sombras palpa,
Tu inteligencia es (3). Aquel manco
Despierto, activo, de traviesos modos
Y aguilísimo vuelo, que impaciente,
Sin esperar á averiguar verdades,
Él las inventa y á su gusto labra,
Tales, que con aquéllas se equivocan,
Tu ingenio es (4). Conocerás tu juicio (5)
En el otro varón, que con severa
Y grave compostura, del ingenio
Pesa las obras y examina innóvil:
Tal vez le cansa el pereoso examen,
Y levanta la mano tan perdido,
Que del ingenio conducirse deja,
Y acá y allá con él se precipita.
Yo, destinada á decidir en cuanto (6)
Me ofrecen ellos, como juez á todo
Doy su valor y verdadero precio:
Noto el error, lo cierto determino;
Aquí hay verdad; disimulado oculta
Allí el engaño su falaz semblante;
Y si tal vez en la balanza justa
Pesan á una extremos designales
Con igual gravedad, suspensa entónces,
Nada decido, y en la duda paro.
¿Llegas acaso á discernir inquieta
Una doncella, de resueltos miembros
Y no tímido rostro, entre una turba
De temerarias y rebeldes gentes,
Que, asiendo de ella, en su favor la instigan,
Y la alejan de mí? Pues mira en ella
Tu voluntad (7), y en la bastarda tropa

(1) Imagen de nuestro entendimiento ó parte racional.

(2) Enumeración de las facultades del hombre.

(3) La inteligencia ó percepción.

(4) El ingenio.

(5) El juicio.

(6) La razón.

(7) La voluntad.

Tus rebeldes pasiones (8). La sojuzgan,
Debiendo encaminarla; y ella, simple,
Cual ves se deja dominar, y alegre,
Creyéndose felice, me abandona,
Y órgano se hace de pasiones viles.
Aquí gozosa, en cándida simpleza
Bañada, con extraña valentía
Tu libertad su facultad ejerce (9).
Ni escándalos atroces que ejecuta
Entristecen su rostro; ni en su estado
Venturas grandes mutación imprimen;
Mas sola en sí nuestras acciones manda,
Sin que por eso en sí se ensorberzca.
Sin ella yo ni resolver pudiera,
Ni el juicio examinar, ni el suelto ingenio
Combinar los objetos, ni aun la tonta
Voluntad, que á las veces á su arbitrio
La impera y determina, sus antojos
Ejerciera sin ella. Mas lejanos,
Allá apartados de nosotros, yacen
Los corpóreos sentidos (10), tropa ruda
Y familia brutal, al uso sólo
De la vida aplicados.—Yo aquí, atento
A desasirme de importunas dudas,
Si ésos (11), la digo, de la vida obtienen
Las funciones, y de ella encomendados,
En conservarla su atención ocupan,
¿Tú, mi razón, para la vida inútil
Vienes al mundo?—¿Y quién negarlo puede?
Me respondió. Y no, cierto, porque de ella
Descuide yo del todo (12). Encarecela
Dentro en tu cuerpo, cuanto en él reside,
Venido exteriormente, no está exento
De mi jurisdicción. Si los sentidos
Sirven al bruto en el desvelo firme
De conservar y propagar la vida,
Una impresión y un solo movimiento
Bastan al uso. A un individuo atiende,
Y todos ya los viste. Yo en el hombre,
Tanto en las cosas que percibe el bruto,
Como en aquellas que al instinto debe,
Mi vigor ejercito; y de las artes
Hé aquí el único origen. Sonoro
Canta el instinto en el jilguero; dulce,
Mas semejante á sí (13); yo, socorrida
Del ingenio, los sonos diferencio
Para unirlos despues y entrelazarlos
De mil y mil maneras. Su casilla
Labra suspensa, ó en anciano tronco,
O en teclumbre de cóncavo peñasco,
Golondrina inocente; á la simpleza
De su ciego artificio yo juntando
Mi reflexión, columnas, arquivadas,
Bóvedas alzo y cúpulas gallardas,
Mansiones nobles que mi fuerza indican,
Si bien humilde su principio sea.
Mas no son éstos mis oficios propios
Y ocupación primera (14). Sin columnas,
Sin música, vivieran los mortales
Atados á un instinto, á semejanza
De todo otro viviente. Y pues habito
Yo en el hombre, y conmigo las potencias
Que á conocer te di; si sus acciones,
Aquellas digo que derechas tocan
A su orden singular, vicios, virtudes (15),
No la vital conservación del hombre
Tienen por fin, ni de la vida cuidan;
Otro fin tienen, que á la vida deja (16)

(8) Las pasiones: llámolas *bastardas*, porque realmente no pertenecen al entendimiento.

(9) La libertad.

(10) Sentidos ó facultades corpóreas.

(11) Si tenemos facultades para vivir, ¿de qué nos sirven las potencias intelectuales?

(12) Aunque estas potencias no son necesarias para vivir, influyen y aumentan maravillosamente todo lo que pertenece al uso de la vida.

(13) De aquí nace el aventajarnos á los brutos en las mismas obras que nacen del principio brutal.

(14) Con todo eso, no es éste el oficio principal del entendimiento.

(15) No siendo éste su oficio, no es su fin la vida.

(16) No siendo la vida su fin, es preciso que esté el tal fin más allá de la vida.